



LUCES Y SOMBRAS DE OTRO TIEMPO

Luis Alfaro Vega

LUCES Y SOMBRAS DE OTRO TIEMPO



Segunda edición: septiembre de 2026

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Luis Alfaro Vega

© Ilustración de la portada: pintura de Juan Luis Ramírez Vargas

ISBN: 979-13-88411-20-5

ISBN digital: 979-13-88411-21-2

Depósito legal: M-21592-2026

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A los que gozaron y lloraron con estas realidades

Argumento del autor

Manejo de relatos despiertos en la neblina de un tiempo pretérito. Recreación de un escenario donde las cosas tangibles e intangibles adquieren un uso particular, donde acontecimientos cotidianos, como el nacimiento o la muerte, devienen como sucesos con aroma específico que la sangre incorpora. Experiencias que manan como ruidosos latidos pregonando un ancho río de recuerdos. Pinceladas en retrospectiva de relaciones que señalan construyendo, que construyen señalando la sorpresa, el vértigo, la respuesta ante el fenómeno de estar vivos.

PRÓLOGO

Roberto López Moreno

Dilema tremebundo: ¿cómo empatar la belleza con lo horrendo que se desprende de la pobreza, el abandono, la desesperanza? Dos potencias frente a frente que se presuponen irreconciliables, en cualquier momento, en cualquier sitio: la belleza..., lo horrendo... Eso piensa uno de esas dos constantes tan disímbolas, tan ellas en sus litorales, hasta que cae en las manos de uno el más reciente libro de Luis Alfaro Vega, buen documentador (desde antes) del paisaje de Costa Rica, del latido de su gente.

Primeramente reconoce uno el acto de magia, después se recuerda que, por medio de la lectura, ese acto de magia se ha aprehendido muchas veces, entre páginas añejas y recientes y que siempre, siempre, el mago en turno ha merecido nuestra más entusiasta admiración. A este episodio lo llamaríamos «las potencialidades del verbo». Al principio fue el verbo, y después, y al final, y de nuevo en

el nuevo principio en donde se inicia el nuevo final para de nuevo principiar con el principio de los demás finales.

Con esas materias tan inasibles asibles solamente pueden jugar los magos (léase: poetas de la prosa, del verso, del color, del sonido, de los volúmenes, del movimiento y alguno que otro científico, pocos, la mayoría son pedantes, ininteligibles y sirvientes incondicionales de los poderes políticos y económicos), trabajar con el maravilloso juego es maravillar con las maravillas, la sobreesencia del ineludible más por más da más, o lo que otros entrañables nuestros describirían como la cantidad hechizada. Solo los magos nos pueden hacer estas cosas y hacer que el mundo se detenga un instante, aunque sepamos que no se ha detenido.

Ahora le ha tocado a Luis Alfaro Vega ser el mago. Él nos viene a demostrar una vez más, en su momento, en su hora, que todo se puede por medio de la palabra, que, como lo han hecho otros magos en el mundo, en un prisma de cristal al que todos tenemos acceso se pueden encerrar el horror y la belleza, y qué bueno que así sea para sentir de nuevo, en el momento de la observación, la fuerza de que aún estamos vivos, y entremos al otro sueño mágico pero posible de que, alguna vez, entre todos, logremos cambiar el mundo del que nos tocó ser partícula palpitante.

Cuando llegué ya habían colocado el muerto sobre la mesa y encendido los cirios, que desde su brioso corazón de fuego expiden un humo que recorre la casa. Un viento repentino empuja las llamas en todas direcciones, iluminando los rostros con un extraño

matiz ambarino. Detrás de los cuerpos las sombras van y vienen, vivas, insistentes, delineando amorfos perfiles de gente que llora hacia adentro.

Nadie habla, aunque todos deben estar diciendo palabras en sus mentes, como yo que digo que nadie habla mientras los contemplo compungidos. Están juntos y no dialogan, quizá porque tienen un punto de coincidencia en el laberinto de sus vidas, una cuota de acercamiento entre la diversidad de intenciones que los anima. Aunque tal vez en esta circunstancia nadie dice nada porque no tienen nada qué decir, solo pensar y sentir el dolor que deja el vacío del que se fue, porque, aunque el muerto está dentro del féretro, él ya no está, él está en su vacío, vacío que engendrará una vacante para siempre.

Desde la cocina llega un olor a pan fresco y se oye chorrear café y poco a poco ese aroma triunfa sobre el tufillo del humo de los cirios, e inunda los rincones, tan fuerte que se me ocurre que el muerto debe olerlo y quizá tenga remembranzas de sus tardes sentado en el corredor junto a las amapolas con una taza de aromático café.

Los chiapanecos, para seguir hablando de Centro América, somos gente adolorida y regocijada en nuestro paisaje, con tanto de bello y telúrico al mismo tiempo formamos parte de esa óptica centroamericana que puede ver en la hermosura de una cascada despeñándose entre la arboleda, la angustia del que despojado de su tierra, de su religión, de su propio universo se lanza al vacío como un acto que bien podría constituir un principio de página, por lo menos así lo han visto los historiadores cuando han narrado ese episodio en el que el pueblo de los Chiapa se arrojó al Cañón desde el Tepetchia, ante

el asedio indetenible del extranjero. Hemos, desde hace mucho, convivido con el terror y la belleza.

Un principio de página —digo— porque desde siempre estamos en el inicio, si es cierto aquello de que solo se cambia de forma. Desde tal principio de página a cambiar la forma llaman el ave y el reptil, o sea, la mente y el paso que va a dejar huella sobre el piso. A cambiar la forma llama la concentrada tinta de la buena literatura, a tal, llama la llama con solo serlo.

—Doña Gertrudes, a estos niños no se les puede revisar los oídos porque los tienen taqueados de tierra.

Era cierto. Ni con aquel foco se veía nada. Yo me fijé en los oídos de Antonieta y nada, un gran pedazo de cera y barro no dejaba ver nada.

—Estos niños tienen parásitos, amebas, yarda lambia. Vea qué vientres.

Y con el dedo índice nos puyaban el ombligo para mostrar los bultos.

—Doña Gertrudes, vea estos bracitos...

Le levantaron el brazo izquierdo a Carlitos, uno de los menores, que de tan escurrido y flaco semeja una alargada lombriz. Uno le indica: «Carlitos, levante los brazos», y estando en alto aquellas huesudas extremidades se le dibujan en perfecta formación las costillas. ¡Da gusto lo fácil que es contarlas, como piezas de marimba!

Cuando las enfermeras terminaron de diagnosticar nuestra condición física, con aire de prontitud bajaban y subían las doloridas miradas, torciendo las cabezas en una mueca de desarticulada clemencia, incrédulas ante el desencajado espectáculo que estaban presenciando.

Con unánime, bueco acento, anunciaron:

—Ahora pueden mudarse.

Nos quedamos viendo unos a otros, sorprendidos, sin saber qué hacer. Siempre hemos andado así, como llegamos al mundo, con el culito al viento.

En otra parte de este mismo relato concluye el autor:

El resultado del informe de las profesionales no tardó en llegar. Mamá se soltó en un desmadejado temblor que se hacía evidente en sus extremidades, indolentes y moviéndose sin tino ni concierto, manoteando el aire con malhadados gestos de impotencia. Sus ojos negros se abrieron tanto que la sal de un furibundo llanto brotó a borbotones, humedeciendo el compactado piso de tierra. Sus ojos negros se abrieron tanto que yo vi en ellos el vacío de la mente donde no hay respuestas, vi dos túneles inmensos en destino continuo de tinieblas. En un impulso de imprevista locura, se abalanzó hacia los emisarios de la proterva noticia, apretándoles los brazos con inusitada furia, a ellos, actores que hacían visible el rostro del Gobierno. Sacudiéndolos con intempestivos giros de desquiciada, lloró y lloró, suplicando como nunca la hemos visto, haciendo unos ruidos tan infortunados y extraños como no lo hizo ni el día que murió abuela.

No hubo misericordia, ninguna razón esgrimida desde lo más instintivo convenció a los representantes del Gobierno. Ellos tenían claro el objetivo de disminuir la pobreza y el índice de mortalidad infantil. Leyeron la sentencia diciendo que únicamente cumplían órdenes. En el fondo de sus fueros no denotaban ser personas crueles o insensibles, porque incluso, en alguno de ellos, una disimulada, lustrada lágrima apareció. Estuvieron consolando largo rato a mamá, mientras le arrancaban a mis hermanos menores de los brazos para

llevarlos a un lugar donde pudieran comer grasas, carbohidratos, proteínas, frutas y verduras.

Esta vez, con su libro más reciente, Luis Alfaro Vega vuelve a jugar con el hondo juego de las sustancias —las viejas y siempre nuevas fórmulas del barro y su vuelo—. La alquimia de su procedimiento arroja como resultado de sus ecuaciones otra nueva versión de la mixtura portentosa. Su libro es bello por la forma de su escritura, y profundamente doloroso por lo que cuenta. Entonces, en el prisma de cristal —asuntos de la magia estos— con tan solo treinta exposiciones podemos ver las entrañas de Costa Rica; y solo es un puñado de historias, sin más intención que ser eso, pero bien escritas, y ahí es donde se presenta el salto cualitativo.

Síntesis de luz y sombra es lo que logra Alfaro Vega en su recorrido por las almas sencillas que viven en alguna parte del campo centroamericano. Solo es poner la pupila en el paisaje, y luego narrar —pero en acto de excelencia— lo que la pupila vio. Solamente es eso, que es tanto y que ahora le da al autor de este libro un nuevo compendio digno de estar en el librero junto con los otros magos que han sabido decirnos la vida de tal modo.

Todo eso lo hemos vivido porque lo hemos visto en nuestras tierras, pero también lo hemos vivido porque lo hemos leído en las palabras de los que saben decirlo. Los buenos escritores nos colocan la entraña en las cosas y las cosas en la entraña; para eso son magos y por eso lo seguirán siendo.

Algo de Asturias llevo en el alma, algo de Salarrué, de Abril Espinoza, por eso conozco mucho de estos caminos aun sin haberlos transitado, a veces, físicamente; por eso me encuentro en el entrevero con los relatos de Alfaro Vega y los reconozco de inmediato, son historias que están amasadas con el mismo barro y con la misma llama que tal barro lleva dentro, alto barro y alta llama en los que nos fundimos todos.

Hoy, el mago fue Luis Alfaro Vega.

LA VELA

Nadie dice nada, tal vez porque el dolor tiene más peso que las palabras, o porque en sus mentes recrean el escenario de un punzante acontecimiento y entienden que es inapropiado repetirlo. Razones y sinrazones de una desgracia sobrevolando el silencio reinante.

Cuando llegué ya habían colocado al muerto sobre la mesa y encendido los cirios, que expiden, desde su brioso corazón de fuego, un azulado humo que recorre la casa. Un viento repentino empuja las llamas en todas direcciones, iluminando los rostros con un extraño matiz ambarino. Detrás de los cuerpos, las sombras van y vienen, vivas, insistentes, delineando amorfos perfiles de gente que llora hacia adentro.

Nadie habla, aunque todos deben estar diciendo palabras en sus mentes, como yo que digo que nadie habla mientras los contemplo compungidos. Gente respirando un contaminado aire que les atiza los recuerdos y les desentierra vivencias en la enfebrecida memoria. Personas imbuidas en una silente hoguera que los ensombrece con una sutil tonalidad húmeda de tiempo retenido. Personas

que no hablan, pero que muestran en el aquietado palpito de sus cuerpos que les está doliendo demasiado la floresta mustia que dentro del ataúd reposa.

Están juntos y no dialogan, quizá porque tienen un punto de coincidencia en el laberinto de sus vidas, una cuota de acercamiento entre la diversidad de intenciones que los anima. Aunque, tal vez, en esta circunstancia nadie dice nada porque no tienen nada que decir, solo pensar y sentir el dolor que deja el vacío del que se fue, porque, aunque el muerto está dentro del féretro, él ya no está, él está en su vacío, vacío que engendrará una vacante para siempre.

A esta hora de la noche mis padres están en la vela de otro vecino. No pudieron venir por cumplir con ese otro compromiso, pero sé que le tenían cariño a este difunto, hasta los vi secarse lágrimas con un pañuelo cuando recibieron la noticia. Como prueba del aprecio que le tenían estoy yo aquí, haciendo visible la solidaridad familiar.

Desde la cocina llega un olor a pan fresco y se oye chorrear café y poco a poco ese aroma triunfa sobre el tufillo del humo de los cirios, e inunda los rincones, tan fuerte que se me ocurre que el muerto debe olerlo y quizá tenga remembranzas de sus tardes sentado en el corredor junto a las amapolas con una taza de aromático café.

La niña de trenzas debe ser la hija menor del difunto, que de tan pequeña aún no comprende la derivación de una vela y sonríe repartiendo pan como quien reparte flores. Algunos le ponen una mano en la cabeza y con la otra toman una porción. Una joven trae la bandeja de

bebidas calientes. Las mustias cabezas, descolgadas con liberal solemnidad sobre los cuellos, recobran ánimo con el arribo de los alimentos. Yo saqué del canasto tres rosquillas, y de la bandeja una taza de chocolate. Cada quien hizo lo suyo, en apetencia particular de avideces culinarias, o de huecos en las tripas. ¡Terminó la ronda de comida y quedé con hambre! ¡La mente traiciona! La próxima vez no voy a tener vergüenza de recoger con prodigalidad bonetes, rosquillas, pan dulce, tamal asado. En su dolor la familia del difunto fraterniza, a eso vinimos los presentes, a compartir el trance de una pérdida y los diversos aprietos que el acontecimiento conlleva. Las dificultades, por espinosas que sean, se soliviantan cuando muchos acompañan en el apremio.

Ojalá alguien diga algo porque esto de tener la boca cerrada es difícil, es más arduo manejar el silencio que la palabra. Yo cuando no hablo no sé cómo acomodarme, las partes del cuerpo me cuelgan extrañas. Sin hablar soy un extraño para mí, como si deviniera en un monigote sin conciencia, agobiante nostalgia sin asidero. Cuando hablo vuelvo a ser yo, unidad cuyas partes se comunican y coinciden. A mí el silencio absoluto me hace sudar, al tiempo que escalo sensaciones ruidosas e inútiles en el estómago y compruebo que el reloj marca los minutos con mayor lentitud. El silencio rotundo pesa como una gruesa lápida, aplastando la conciencia, empequeñeciendo a los seres.

Si esta gente continúa sin decir nada, el ambiente se pondrá fastidioso y frío, rondará un aire de espesas taja-

das, un escalofrío se moverá de cuerpo en cuerpo como una ola robando el calor de las venas. Conversando se entibia el espacio, al tiempo que las mentes de las personas se concentran en similares imágenes e ideas. Conversando, aunque estemos entre tinieblas de dolor, la sonora claridad de las palabras propicia que se mantenga el dispositivo anímico de convivencia. ¡Que flameen las banderas de las frases! Dialogando uno se distrae y deja de desconfiar de los demás. Y hasta existe la posibilidad de descubrir representaciones propias que los otros extraen de lo que uno dice, o viceversa.

Para algunos el silencio es una forma de respeto, para mí, con su alargada profundidad de nada, es un mecanismo de terror que trae intrincados laberintos y nocturnos de escarnio a mi memoria. En general, detrás de las desiertas miradas y las bocas mudas amenazan furibundas corrientes en constante intimidación. Yo le tengo miedo a las personas que no hablan, y más en un escenario como este, donde un muerto congrega a tantos individuos, la mayoría adultos, que convienen en expresar el dolor que les arruga el alma, llorando sal y callando, callando...

Pasan las horas y nada cambia. Entran y salen próximos en absoluto mutismo. Solo el viento se atreve a hacer ruido sobre el tejado y a mover la sábana que sirve de puerta que da al interior de la casa y a mover los cirios y las sombras, que, para mi desgracia, también son mudas. Únicamente el viento se aventura a hablar de lo que atesora, aunque no lo entendamos, a mostrar su fuerza y su presencia, a pesar de ser invisible. Viento que en vérti-

go va arrastrando recuerdos, imágenes, remordimientos. Viento que cruza los pueblos y los siglos, que viene y va de los finales a los comienzos, que sabe el nombre de los muertos de todos los tiempos.

Ya llega de nuevo el olor de pan horneado, ¡ay, qué rico! Nuevamente el colectivo, como atizado desde adentro, recobra aliento. En este tétrico escenario, al menos si no hablan reparten pan. Si la boca está ocupada comiendo, la mente no tiene tiempo de distraerse enredando y desenredando el ovillo de los pensamientos.

Se me ocurre que este silencio es para que el muerto se lleve a su morada eterna las últimas intenciones de cada quien. Los deseos que le expresan para que ni siquiera pase por el purgatorio y vaya directo al cielo, a gozar de las calles tapizadas de piedras preciosas en el entorno de cánticos de ángeles y querubines. Silencio existencial en su infinita mudez, bruma que cubre los instantes con infiltrado vínculo, que deja níveo lo puro en su quietud.

Son las dos de la madrugada y estos individuos siguen mudos frente al ataúd, cabeceando, en somnolencia, dejando caer de vez en vez, lentas, predestinadas, profundas lágrimas de vidrio. Yo, a diferencia de estas personas, tengo los ojos abiertos y secos, y tengo la mente atenta, en aleatorio meneo hacia todos los puntos cardinales, observando la profundidad de estas silentes, sufridas vanidades. En oposición de este somnoliento colectivo, ¡sé lo que he de decir, pero no lo que he de callar!

Las horas se alargan cuando uno permanece mudo. Son parsimoniosos hilos de tiempo que caen y caen sin

cesar, como el agua de los ríos que desciende y fluye y no tiene fin. Agua que es distinta a cada momento sobre el mismo río, acompasada manando, igual que el tiempo, que sube y baja y ronda en el abierto espacio carente de límites.

El reloj colgado en la pared marcó las cuatro de la madrugada. Pronto las primeras burbujas de luz aparecerán sobre el lomo de la montaña, delineando el perfil de las cosas, trayendo el campanilleo de la vida despertando. Para entonces quizá estas personas se levanten de sus asientos e inauguren el día con diálogos. Ojalá así lo hagan, porque, si estar aquí sentado en silencio es tormentoso, caminar hacia el cementerio apiñados bajo el fiero sol, sin decir una palabra detrás de un muerto, es un hostigamiento aterrador.

Una súbita ráfaga de viento ingresa a la sala, reavivando los cirios, iluminando los mustios rostros con un brillo amarillento, y tornan a aparecer las sombras detrás de los cuerpos, vivas, deformes representaciones humanas, moviéndose lánguidas, como una alargada secuencia de espejos rotos. Una de esas sombras me pareció que era la mía. La sentí levantarse detrás de mí y avanzar por la pared hasta el techo, desde donde se desprendió y se acomodó en el ataúd, junto al hombre que yace muerto. Ahora estoy seguro de que esa era mi sombra porque sentí el frío cuando rozó el cuerpo inerte. ¡Un grito me despertó, mi propio grito! De tanto callar, los pensamientos me vienen revueltos, ambiguos y hasta irreales. Debe ser que me estoy quedando dormido, somnoliento, como

estas personas que cada vez se parecen más a sus propias, deformes, silentes sombras.

Mientras amanece estaré despierto, adivinando las intenciones de los adultos, que duermen ladeando la cabeza hasta casi desprenderla de los troncos. Y estaré atento a las vueltas de las agujas en el reloj que cuelga en la pared, contando uno a uno los minutos, mientras se desprenden en su acrobacia sin retorno.

Hace dos horas que no reparten pan. Nadie ha vuelta a entrar ni a salir. Los cirios arden como almitas quedas, soplando un tenue impulso a punto de extinguirse. El silencio, el inevitable silencio se ha convertido en un ruidoso martilleo que me aprisiona la cabeza, y me impide reaccionar con soltura y claridad. Aureoladas, confusas ideas me obnubilan la cabeza, que la siento como un panal de alborotadas avispas.

El reloj repicó cinco campanadas. Algunos individuos parecen reanimarse, aunque no, tras el repique que provocó algunos movimientos, todo vuelve al estado de inquietante rigidez. Hasta el viento dejó de soplar, algunas velas se apagaron y los cuerpos de los presentes, en semejanza del fallecido que reposa dentro del ataúd, se inmovilizan por completo. Los minutos mantienen su lenta caída de la mazorca de las horas. Desde un sitio que desconocemos hacia un lugar imprevisto, los minutos vienen y van acarreando las angustias humanas. Dentro de la confusión que me ensombrece, perdí la cuenta de las horas, y, más grave aún, percibo un agotamiento en todo mi organismo, incluso en mi aliento, que lo siento amar-

go como ajo machacado de tanto callar los pensamientos que, al impulso de los latidos del corazón, entreverados se me vierten.

Aguzo la vista y descubro que la noche se torna más oscura, ¡albricias, señal inminente del arribo del alba! Aunque mi cuerpo sigue desmayado y torpe sobre la silla, mi mente intuye que pronto operará un cambio en la situación. Y debe ser así, para que los presentes recuperemos la correspondencia entre cuerpo y percepción, entre letargo y realidad. Los doblados cuerpos alrededor del difunto formamos un compacto escuadrón de pre-muertos, eso se me ocurre al impulso de la primera luz que ingresa a la habitación. Pre-muertos cargados de silencios, soñando que estamos vivos al lado de un muerto que ya no está.

¡Amaneció! El corazón me late con inusitada violencia y ritmo rápido que me obliga a consumir más oxígeno, a abrir los ojos desprendiéndome de la tiranía de la alargada noche de desvelo y silencio. Inhalando el aire del alba me incorporo de un salto, apago los cirios que aún arden, y, con enlazados empujones y una mueca de avivamiento, voy despertando uno a uno a los presentes, que al fin vuelven a la vida, inaugurando diálogos.

LA VISITA NOCTURNA

La luna se alzó silenciosa alrededor de la casa. Desde la cama la veo en su lento vuelo hacia el centro del cielo. En su enorme cara amarilla se adivinan cráteres, ríos, montañas, almas soñando que otras almas sueñan, dispersas por el espacio sideral. «En todas las esferas que cuelgan en el universo hay vida». Elucubré, al tiempo que imaginaba las disímiles formas de tales seres.

Cerca de la media noche, cuando el brillo nocturno alcanzó la máxima intensidad, se oyó el chirrido de la puerta. Una pequeña línea de luz blanca se hizo en el contorno del dintel, entró un bulto y se cerró la puerta. Iniciaron unos pasos pausados, de puntillas, evitando que aquellas viejas tablas crujieran. La figura que ingresó se acercó con absoluto sigilo, dirigiéndose directamente hacia el camón de mi madre. Sin preámbulo se acomodó en la orilla y cruzó el brazo sobre su cuello. Se le acercó al lóbulo de la oreja derecha y en imperioso secreto le susurró algo. En respuesta, ella se corrió hacia dentro, levantó la sábana y lo cubrió.

La noche continuó su curso. La luna, como un enorme globo en ruta, mantuvo su itinerario detrás de la ventana.

Algunas ramas secas, alargando entreveradas sus torcidas nervaduras, se interponían entre la esfera y mis sentidos, dibujando combinadas figuras con forma de hombres y animales, que el viento, en su atribulada carrera, iba meciendo a su antojo. El juego del espejo lunar tras las negras ramas en vaivén alargó la estancia de una fantasmagórica noche en que el insomnio hizo estragos en la hoguera de mi mente. Más tarde la temperatura bajó. El cuerpo de mis hermanos dormidos estaba helado, sus piernas y brazos eran como de hielo, enfriados por el aire escarchado que se colaba por las rendijas de las paredes y del techo. Girando media vuelta, me pegué a ellos procurando calentarlos. Eso mismo hizo con mi madre el hombre que, a media noche, como una extraña unidad física apagada, entró furtivo a la casa y se acomodó en el ancho camón. Ella y él debieron tener mucho frío, porque temblaban y jadeaban en continuos ajetresos descontrolados. Yo oí perfectamente el temblor de sus cuerpos y el impulso de sus bocas jalando aire para calentarse. Bajo la sábana se pegaron, pero sin quedarse quietos, porque el frío, en su latente impulso, no mermaba.

La madrugada fue larga. Pocas veces la luna avanza tan lento en su recorrido hacia el vacío que se abre detrás de la montaña. Como jugando a las escondidas, sin prisa se ocultaba y aparecía detrás de los troncos de ciprés del patio, entreverando pálidas manchas y sombras en juego de ritmo lento y mudo. Larga madrugada junto al cuerpo helado de mis hermanos, que, en ajuste y consecuencia del cansancio del día, dormían aspirando señales de sue-

ños rotos, laberinto de múltiples experiencias de sobresaltos y rutinas.

Poco antes del amanecer, la noche se tornó más oscura, instante en que la luna completó su atajo y se hundió desbocada en el precipicio, muda detrás de los altos cerros. Había recorrido ya, en vahído de solemne presencia, el inconmensurable arco estelar, itinerario de sus rondas. Ya no se veía nada, únicamente se escuchaban los gritos de los pájaros nocturnos, que permanecían despiertos ahuyentando con sus graznidos los obstinados fantasmas que en la noche acosaban. Ah, y los grillos, que, con sus tozudas campanitas metálicas, desafiaban la cordura de los trasnochados.

Aprovechando la oscurana, el bulto que holgaba junto a mi madre se puso de pie y avanzó de puntillas hacia la salida, cauteloso, evitando que las veteranas tablas del flojo piso lo delataran. Abrió la puerta y una línea de luz de amanecer se hizo. Salió y cerró la puerta. Minutos después cantó el gallo y con su forma redonda acabó de salir el sol. ¡Era la hora de levantarse a los quehaceres del mundo!

En cuarto menguante y en luna llena, la enigmática sombra llegó a visitar a mi madre. Ella nunca nos ha dicho nada de su fisonomía y su rango, calidades o propósitos, y nosotros intuimos que no debemos preguntarle referencia alguna, ni siquiera hacer mención de si existe o es un espejismo en el trasluz de nuestras pesadillas.

En el pueblo, fuente y tormenta que todo lo sabe y lo solventa, que se adelanta más que el rayo con su arreme-

tida de melifluas intenciones, que se arroga el estandar de ser conciencia de sus integrantes, prueba y molde de individuales y públicos acontecimientos, se dice que aquel hombre sin identidad que llega a nuestra casa en las madrugadas no es mi padre ni el padre de ninguno de mis hermanos. Para nosotros esa aseveración es una provocación y una puñalada por la espalda, afiebrada vigilia dentro de los sueños, dolor que ingresa a ocupar parte de nuestro corazón, pero, con la mansedumbre que nuestra progenitora nos inculca, y fieles a las normas de urbanidad que nos transmiten las educadoras de la escuela, evitamos caer en las nefastas redes de los chismes, ese fango maloliente que atrapa sin salida.

Mis hermanos y yo abrimos los ojos intentando retener el recuerdo de un padre a nuestro lado, pero es un esfuerzo inútil, porque no recordamos ningún rostro asomado al espejo de nuestras almas, ninguna voz en laberinto de remembranzas. Únicamente está presente ante nosotros la virtud de nuestra madre, hacendosa, redoblando los movimientos de su fuerza interior para satisfacer nuestras cuitas y necesidades de todos los días, su figura sin protestas, con sobriedad y alegría, frente a la fórmula del hambre de nuestras barrigas, asomada a la laguna de nuestros sueños, empujando con todas sus fibras la carreta que debe seguir hacia delante.

Si ese fantasma es nuestro padre o no, no lo sabemos, pero no es materia que detenga o impida la concordia familiar. Si el pueblo acierta en sus sentencias, esa zancadilla no nos desbalancea, para nosotros es el amor de

nuestra madre el que comunica una verdad, catecismo suficiente para continuar erguidos en la encrucijada de los caminos del mundo, enérgicos en el canto de que la historia nos dará la razón al promulgar que la serenidad y el ejercicio de aplacar la sed con el agua disponible es la fórmula equilibrada.

